

BLOC DE NOTAS

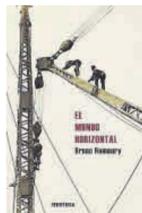
# Hilos ocultos de la Historia

El antropólogo francés **Bruno Remaury** muestra, a través de varios momentos y con distintos personajes, una visión del mundo de una inmensidad inquietante y abrumadora

Luis M. Alonso

«El mundo horizontal», del antropólogo francés **Bruno Remaury** (Toulouse, 1961), uno de esos libros que tanto abundan entre el ensayo y la ficción, se convierte, según avanza la lectura, en materia de sueños. El autor, que dirigió una colección centrada en la moda, se centra esta vez en varios personajes, reales o ficticios, asociados a tres años y otras tantas épocas: 1906, 1506 y 1946. No hay un orden cronológico que permita establecer paralelismos entre ellos pero sí la visión mitológica del espacio que reemplazó a la percepción del tiempo. El lector, como si se tratara de un trébol, tendrá que ir deshojando el texto y dotándolo de su propia comprensión. Es sencillo pero a la vez complejo este ejercicio deductivo que propone Remaury y que acaba de publicar traducido al español la editorial Periférica. Aparentemente se trata de extraer conclusiones sobre lo que tienen en común el descubrimiento de una cueva en los Pirineos, la pintura de **Jackson Pollock** o el desastre minero de Courrières de principios del siglo XX. Algunas historias que versan alrededor de estos hechos tienen como protagonistas a personas que existieron realmente, otras a seres ficticios o legendarios. Junto a **Félix Régnauld**, **Leonardo da Vinci** y el fotógrafo **August Sander**, nos encontramos con un conductor de autobús Greyhound, tras la Segunda Guerra Mundial; una emigrante que llegó a Estados Unidos en la década de 1910; y a **Noé**, **Isaac** y **Daniel**, tres figuras de la Biblia de enorme poder simbólico.

Remaury insiste en que el mundo horizontal está hecho de caminos y



## El mundo horizontal

Bruno Remaury

Traducción de Blanca Gago

Periférica, 150 páginas, 18 euros

encrucijadas, y que cada vez que imaginamos en él una progresión lineal es mediante aparentes desvíos. Dichas así, a simple vista, las palabras pueden parecer abstractas pero es en el propio contexto de las historias donde alcanzan su concreción. Todo comienza en la cueva de Gargas cuando el prehistoriador y antropólogo Régnauld descubre manos aisladas, agrupadas en las paredes o desplegadas como una bandada de pájaros, que le hacen comprender que el hombre antiguo no se contentaba con arrastrarse y estar constantemente en el suelo, sino que alzaba su mirada hacia la bóveda para marcar la dirección que no es otra que la de la inefable trascendencia: la autoridad de los astros, los antepasados y las deidades. La cueva, la caverna, la mina, son, junto con el bosque, los espacios en los que los humanos en-



Bruno Remaury. | Periférica

centran la magnitud y a la vez el miedo. Remaury escribe que en la caverna es donde nace lo sagrado. Mientras que el bosque es el espacio del ogro, justamente el del terror que jamás abandona al hombre: el de los supervivientes de Courrières, que se desplazan con las manos extendidas para hallar el camino; el de la propia pintura de Da Vinci traída por el temor, cuando no el pánico, al diluvio, y que surge precisamente a raíz de las inundaciones del Po. También es el miedo traducido en obsesión de los Estados Unidos hacia «los rojos», después de haber hecho explotar la bomba atómica; o de las guerras que en la Humanidad sobrevienen siempre o se desencadenan por pavor hacia el otro continente.

El libro de Remaury rezuma melancolía por el modo en que la modernidad ha cambiado los marcos del pensamiento sobre lo que nos rodea y por aquello desconocido, que lleva a preguntarse qué tenemos ante nuestros ojos. El autor de «El mundo horizontal» yuxtapone a los pintores y las grandes carreteras estadounidenses un descubrimiento arqueológico y el desastre minero de Courrières, para describir una nueva era histórica donde el mito da paso a la razón fría y contable. Ciertos pasajes de la lectura muestran de manera muy directa esa preocupación sobre el tiempo, la muerte, la alteridad o los animales en la prehistoria. Según Remaury, contamos con respuestas racionales pero también con un legado del conocimiento que significa que no estamos simplemente en una sociedad científica rígida y estandarizada. Es precisamente ahí donde quiere llegar el antropólogo en su búsqueda de lo desconocido: una visión del mundo que considera de una inmensidad inquietante y abrumadora. Para Remaury no cabe solo preguntarse qué veo, sino ¿cómo entiendo lo que veo?. Por eso se ocupa de tejer los hilos invisibles de la intrahistoria en un libro tan interesante como inteligente.\*

# Cultura.

## La luz de lo ordinario

«Cuéntamelo todo» concentra el credo de **Elizabeth Strout**: la existencia como relato compartido

Sergi Sánchez

Da la impresión de que todas las vidas corrientes se parecen, pero en realidad son tan únicas como un eclipse solar. A ellas se dedica la literatura de **Elizabeth Strout** (Portland, EE UU, 1956), obstinada en demostrar que las maestras de escuela, los abogados, los científicos y las escritoras comparten, bajo el manto de lo ordinario, historias que merecen ser narradas. En el título «Cuéntamelo todo» se concentra el credo de Strout: la existencia solo tiene sentido cuando se convierte en relato compartido, no importa que sea entre dos desconocidos o entre dos espíritus afines, porque en el acto de contar un secreto o de hacer memoria o de recuperar lo inconfesable nos hacemos reales ante el otro, y, paradójicamente, nos convertimos en materia literaria.

Nada puede ocultarse; somos humanos porque estamos dispuestos a escuchar lo que un día alguien no quiso oír. No nos cansaremos de decirlo, porque las nueve novelas de Strout insisten en acercarse a lo que llamamos estilo o poética con la misma humildad con que sus personajes se quitan importancia cuando defienden causas perdidas o cargan con la una no parecían que cuece a fuego lento. La grandeza de la autora estadounidense reside en que parece pequeña, cotidiana, transparente, modesta.

Esta cualidad se repite, corregida y aumentada, en una novela que se ocupa de reunir a todos los personajes de sus obras anteriores, recogiendo el cable de dos de sus grandes heroínas, Olive Ketteridge y Lucy Barton, que hasta ahora no se conocían en persona.

Como muchos otros grandes escritores —desde **William Faulkner** hasta **Juan Benet**—, Strout necesita reivindicar un espacio geográfico —la región de Maine que limita con el pueblo de Crosby, Shirley Falls y el océano Atlántico— como su habitación propia, como ese país de ficción donde, por fin, todas las criaturas de sus libros tienen derecho a mantener una conversación. Es lo que hacen Olive y Lucy, a pesar de que son muy distintas, y que la brusquedad y la desconfianza de la una no parecen nacidas para entenderse con la empatía y la paciencia de la otra. Entre sus encuentros, emergerá con fuerza la figura de Bob Burgess, el abogado depresivo que vuelve de su retiro para defender al presunto culpable de un caso de matricidio.

Strout, a quien no le tiembla el pulso a la hora de abordar la culpa, el abuso y la violencia sexual, es una maestra de la estructura. Las historias de «Cuéntamelo todo» emergen y se sumergen como si fueran olas nocturnas, y el lector nunca acaba de estar seguro de cuál será su relevancia argumental, como tampoco está seguro de si existe un protagonista, porque el punto de vista gravita sobre varios, oscilante pero nunca dubitativo. No es hasta bien entrada la novela, más de cien páginas, cuando la desaparición de la anciana Gloria Beach se transforma en muerte, y la investigación y defensa del caso parece centrar la atención de Strout en Burgess y su defendido, el hijo de la víctima.

Sin embargo, «Cuéntamelo todo» no es una novela criminal: el asesinato sigue siendo un pretexto que va y viene para dejar al descubierto otras historias, que tienen la insólita virtud de consolidar aún más si cabe la psicología de personajes que ya nos resultaban cómplices, familiares, pero que ahora la prosa de Strout revela como abismos de infinita complejidad. Es esta una novela que parece clausurar una etapa que, como lectores, no nos importaría prolongar un poco, o mucho más.



## Cuéntamelo todo

Elizabeth Strout

Traducción de Flora Casas

Alfaguara, 308 páginas, 21,90 euros